



VIII

Antes de emprender el viaje estuve algo enferma, y en vez de irnos á la campiña nos instalamos en una población inmediata, desde la que mi marido fuese solo á visitar á su madre. Cuando se marchó estaba yo lo suficientemente buena para haberle podido acompañar, pero me aconsejó que no me moviese, como si tuviese miedo de que se resintiese mi salud. Comprendí que, en el fondo, no era mi salud lo que temía, sino que estaba convenci-

do de que no sería buena para nosotros la permanencia en el campo. No insistí, pues, y me quedé. Al verme sola comprendí cuán grande eran el aislamiento y el vacío que me rodeaban; pero cuando regresó me apercibí de que su presencia no añadía nada nuevo á la existencia que llevaba anteriormente. Aquellas relaciones de antaño, en la época en que si no le comunicaba mis sensaciones y pensamientos se me figuraba que me oprimían como si fuesen otros tantos crímenes; en aquella época en que tenía yo todos sus pensamientos y todas sus acciones por otros tantos modelos de perfección; entonces, cuando cualquier cosa nos hacía reír bastando para ello el mirarnos; pues bien, todo eso se había modificado, cambiándose insensiblemente por otras cosas, de una manera tal, que ni nosotros mismos nos dábamos cuenta de semejante metamorfosis. En el fondo, cada uno de nosotros tenía desde entonces quehaceres, ocupaciones é intereses separados que procurábamos que no fuesen comunes. Ni siquiera nos causaba la

menor turbación el vivir, por así decirlo, en dos mundos completamente distintos y enteramente extraños el uno al otro. Nos fuimos acostumbrando á ese pensamiento, y al cabo de un año había desaparecido todo embarazo mutuo cuando por casualidad nos mirábamos. Habían desaparecido sus niñerías, sus accesos de alegría cuando nos encontrábamos á solas, y aquella indulgente indiferencia con que consideraba todas las cosas y contra la que antes algunas veces me rebelara. Tampoco había sobrevivido aquella mirada profunda de otros tiempos y que me turbaba y me regocijaba al mismo tiempo. Desaparecieron también aquellos besos, aquellos alegres arranques de que tanto nos agradaba participar y hasta nos veíamos muy raras veces porque le ocupaban mucho sus negocios y estaba casi siempre fuera de casa y yo no temía la soledad ni me quejaba de ella, sino que, por el contrario, me había lanzado al torbellino de la vida social, y sin que experimentase para nada necesidad de una vida más íntima. Entre nosotros, sin

embargo, no había nunca altercado ni escenas violentas. Me esforzaba para satisfacer sus deseos y él hacía lo mismo, y se habría dicho que seguíamos amándonos el uno al otro.

Cuando nos encontrábamos á solas, lo cual no nos sucedía muchas veces, no experimentaba á su lado ni alegría, ni agitación, ni embarazo, lo mismo que si hubiese estado á solas con mis pensamientos. Sabía, no obstante, que el que estaba á mi lado no era ningún advenedizo, alguien á quien no conocía, sino, por el contrario, un hombre excelente, mi marido, al fin, al que conocía tan bien como á mí misma.

Tenía la persuasión de saber de antemano lo que iba á hacer ó decir, su manera de ser y cuando hacía ó decía aquello con que yo no había contado ó pensaba lo contrario de lo que me figurara, me parecía sencillamente que se había equivocado; así que no esperaba nada por su parte. En una palabra, que era mi marido y nada más. Figurábaseme que las

cosas eran tales cuales las veía, y que no debían suceder de otra manera; que no podían existir y que no habían existido nunca más que aquellas relaciones entre nosotros. Si se ausentaba, sobre todo en los primeros tiempos, creía que me quedaba en el mayor aislamiento, y si estaba muy lejos de él parecíame que comprendía cuán grande era el valor de su apoyo, y al verle regresar arrojábame con alegría á su cuello; pero apenas transcurrían dos horas cuando se me olvidaba aquella alegría y no sabía qué palabras decirle. En esos cortes instantes en los que renacía entre nosotros una ternura muy moderada y tranquila, imaginaba que no era eso, que no era aquello lo que tan poderosamente llenara mi corazón, y creía que leía en sus ojos la misma impresión. Comprendía que esa ternura tenía cierto límite que ni él ni yo queríamos franquear. Esto me apenaba algunas veces, pero no tenía ya tiempo de sobra para pensar seriamente en cosa alguna, fuese la que fuese, y procuraba olvidar esa pena con una variedad

de distracciones de las que tal vez no me daba cuenta de una manera clara, pero que se me ofrecían perpetuamente. La vida agitada de sociedad que en un principio me aturdiera con su esplendor, su barullo y con las satisfacciones que producía á mi amor propio, dominó muy pronto, y por completo, todas mis inclinaciones, convirtiéndose en una costumbre que me subyugó ocupando en mí alma todo aquel lugar que en ella debía llenar el sentimiento. Por esto evitaba, siempre que podía, quedarme á solas con mi conciencia, temiendo profundizar demasiado mi situación. Tenía empleado mi tiempo desde la hora más temprana de la mañana hasta la mas avanzada de la noche; ese tiempo no me pertenecía, ni aún en el caso en que no tuviese que salir. No encontraba ni placer ni aburrimiento, y si me figuraba que todo debía haber sucedido siempre del mismo modo.

De este modo pasaron tres años y durante ese tiempo nuestras relaciones siguieron siendo las mismas, cual si se hubiesen inmoviliza-

do ó petrificado y como si no pudiesen mejorar ni empeorar. En el curso de esos tres años ocurrieron en el seno de nuestra familia dos acontecimientos importantes pero; ni el uno ni el otro produjeron cambio alguno en nuestra manera de ser. Esos acontecimientos fueron el nacimiento de mi primer hijo y la muerte de Tatiana Semenovna. Se apoderó de mí en los primeros tiempos el sentimiento maternal con tal fuerza y con un arranque tan inesperado que creí que iba á empezar para mí una nueva vida; pero al cabo de dos meses, y cuando empecé á salir, ese sentimiento que se fué amenguando, se convirtió en costumbre y en el frío cumplimiento de mi deber. Por el contrario, mi marido, en cuanto nació ese primer hijo, volvió á ser el hombre de los tiempos pasados de carácter dulce, pacífico y apegado á la casa que concentró en su hijo toda su antigua ternura y toda su pasada alegría. Con mucha frecuencia, cuando entraba vestida ya para ir al baile en la habitación de mi hijo, para darle la bendición de la noche, en-

contraba á mi marido y observaba la mirada de reproche, la mirada severa y sostenida que me dirigía y de pronto me avergonzaba. Aterrábame esa indiferencia con que veía á mi hijo y me preguntaba: «¿Seré más mala que las otras mujeres? Pero ¿qué le he de hacer?» pensaba. Era cierto, quería mucho á mi hijo, mas no podía permanecer todo el día sentada á su lado por que me cansaba y aburría, y en cuanto á fingir por nada de este mundo habría querido hacerlo.

La muerte de su madre produjo á Sergio una pena muy grande haciéndosele muy doloroso vivir en Nikolski después de esa pérdida; así lo dijo, y por más que yo la hubiese sentido mucho y participado además de la pena de mi marido, al presente habría sido más agradable y descansado para mí el vivir en el campo, pues hablamos pasado la mayor parte de esos tres años en la capital y no estuve en el campo más que una sola vez durante dos meses y el tercer año emprendimos un viaje al

extranjero y en él nos quedamos en el verano para ir á tomar las aguas.

Tenia yo entonces veintiun años y nuestra fortuna, así lo creía, se hallaba en un estado floreciente; de la vida de familia no esperaba más que lo que me había dado y creía que me estimaban todos aquellos que conocía. Disfrutaba de una salud excelente; mis trajes y tocados eran de los mejores que se veían en las aguas, sabía que era linda, el tiempo era soberbio y no sé que atmósfera de elegancia y de belleza me envolvía de tal manera que todo me parecía en alto grado alegre y bonito. Y no obstante, no estaba tan alegre como en otros tiempos en Nikolski cuando comprendía que mi felicidad se encerraba en mí misma, cuando era dichosa porque merecía serlo y que mi dicha podía ser aún mayor. Sucedióme á la sazón una cosa muy distinta pero que no era menos buena. No tenía nada que esperar ni que temer y mi vida, así al menos me lo parecía, estaba en su apogeo y mi conciencia

me parecía que no tenía nada que turbase su tranquilidad.

Entre los jóvenes que descollaban aquel año en el balneario no había ni un solo, fuese quien quisiese, al que hubiese yo distinguido más que á los demás y lo mismo me ocurría con el anciano príncipe de K..., nuestro embajador, que me hacía la corte con alguna asiduidad. Uno porque era demasiado joven y el otro demasiado viejo, uno era un inglés que tenía el cabello rubio, otro un francés barbudo y todos ellos me eran completamente indiferentes pero al mismo tiempo los consideraba como indispensables, pues con sus rostros insignificantes pertenecían á la misma clase y respiraban la atmósfera elegante de la vida á que me lanzara yo. Había, sin embargo, uno entre ellos, un italiano, el marqués de D... que me llamó la atención mucho más que todos los otros y que hizo que me fijase en él por la manera atrevida como expresó en mi presencia el entusiasmo que le inspiraba. No desperdiciaba ninguna ocasión para hallarse á

mi lado, bailar conmigo, acompañarme en mis paseos á caballo ó al casino, aprovechando cuantas ocasiones se le presentaban para decirme que era muy linda. Desde mi ventana veíale muchas veces dar vueltas al rededor de nuestra casa y en más de una ocasión la asiduidad desagradable con que me dirigían miradas sus ojos centelleantes, me había hecho enrojecer y volver la cara

Era joven, bien quisto, elegante y lo que tenía más notable era que en su mirada, lo mismo que en su sonrisa y en cierta expresión de su frente, se parecía á mi marido al que, no obstante, aventajaba. Me chocó esa semejanza por más que defriese en el conjunto, en la boca y en la mirada, en la forma un tanto alargada de la barbilla y que en vez del encanto que comunicaban á mi marido la expresión de una bondad y de una calma ideales, en el italiano había algo de grosero y casi bestial. Se me ocurrió la idea de que me amaba apasionadamente y algunas veces me acordaba de él con orgullosa compasión y me suce-

dió que traté de calmarle procurando atraerle al término medio de una confianza posible y semi amistosa; pero rechazó mis tentativas de la manera más conmovedora, y siguió con gran disgusto por mi parte, asediándome con los testimonios de su pasión, muda aún, pero que amenazaba á cada momento con hacer explosión. Por más que no lo confesase, aquel hombre me inspiraba temor y, hasta cierto punto contra mi propia voluntad pensaba, muchas veces en él. Mi marido había trabado amistad con él y hasta más íntima que con los demás conocidos, ante los cuales se limitaba siempre á ser el marido de su mujer, mostrándose además frío y altanero.

Al terminar la temporada de las aguas me puse mala y durante dos semanas no salí de casa y cuando por primera vez lo hice para ir á un concierto, me dijeron que, durante mi reclusión había llegado lady C á la que hacía mucho tiempo que estaban esperando y que tenía mucha fama por su belleza. A mi alrededor se formó un gran círculo] de personas

conocidas que me dispensaron una alegre acogida, pero fueron en mayor número las personas que se agrupaban alrededor de la belleza recién llegada. A mi lado no se hablaba más que de ella y de su hermosura. Me la enseñaron y ví que, en efecto éra hermosísima, pero, sin embargo, me impresionó desagradablemente la suficiencia que se revelaba en los rasgos de su rostro y así lo manifesté. Aquel día cambiaron mis impresiones y todo lo que hasta entonces habíame parecido agradable me causó aburrimiento. Al día siguiente lady C. organizó una excursión á un castillo inmediato y no quise ir. Conmigo no se quedaron más que muy contadas personas y decididamente todo cambió de aspecto ante mis ojos. En aquel momento todo, hombres y cosas, me pareció estúpido y fastidioso; tenía muchas ganas de llorar, de terminar cuanto antes mi cura y de volverme á Rusia. En el fondo se deslizó un sentimiento malsano por más que no quise confesármelo. Dije que mi salud es-

taba muy quebrantada y dejé de asistir á las reuniones del gran mundo y únicamente salí sola algunas veces por las mañanas para tomar las aguas ó bien para pasear por las cercanías con L. M., una de mis amigas rusas. Mi marido, entre tanto, se había marchado hacia algunos días á Heidelberg en donde esperaba el fin de mi cura con objeto de volvernos á Rusia y no iba á verme más que de vez en cuando.

Un día lady C se llevó á todas las personas conocidas á una gira campestre y por nuestra parte L. M. y yo nos fuimos después de comer al castillo, y mientras que al paso de nuestro coche seguíamos el tortuoso camino que serpenteaba entre las hileras de seculares castaños á través de los cuales se descubrían á lo lejos esas deliciosas y elegantes cercanías de Baden, iluminadas por los postreros rayos de un sol poniente, nos pusimos á hablar seriamente, lo que hasta entonces nos había sucedido nunca. L. M., á la que yo conocía hacía mucho tiempo, se me presentó por primera

vez bajo el aspecto de una mujer muy linda y espiritual con la que se podía hablar de todo y que contaba con el agrado de la sociedad. La conversación versó sobre la familia, los hijos y la vida tan nula, que se llevaba en el lugar en que nos hallabamos y sobre los deseos que teníamos de hallarnos en Rusia en nuestras posesiones, en el campo, y no sé como fué, pero, de pronto, se apoderó de nosotras una impresión dulce y triste. Dominadas completamente de esos sentimientos tan serios llegamos al castillo detrás de cuyos muros reinaban la sombra y la frescura y en la cima de las ruinas se quebraban aún los rayos del sol, resonando además sus anchurosas bóvedas el menor eco de los pasos y del rumor de las conversaciones. A través de la puerta se desarrollaba, como dentro del marco, el cuadro de esa naturaleza del paisaje de Baden, encantador y, no obstante, frío á los ojos de nosotros los rusos.

Estábamos sentadas para descansar y contemplábamos en silencio la puesta del sol.

Oyéronse voces de algunos que hablaban y hasta me pareció que pronunciaban mi nombre de pila. Me puse á escuchar y percibi con claridad algunas frases. Eran voces de personas á las que conocí; las del marqués de D y de un francés amigo suyo, al que también conocía.

Hablaban de lady C. y de mí. El francés nos comparaba á las dos y anlizaba nuestra belleza sin decir nada que pudiese ofendernos, y sin embargo, se me agolpó la sangre en el corazón cuando oí sus palabras. Explicaba detalladamente lo que le parecía bien en la una y en la otra. En cuanto á mí, decía, tenía ya un hijo y lady C. no había cumplido aún los veinte años; la mata de mi pelo era más hermosa, pero la de lady C. tenía más gracia; lady C. tenía más aire de gran señora, mientras que la vuestra,—añadía hablando de mí,—es una de esas princesitas rusas que con tanta frecuencia se presentan aquí. Terminó diciéndo que hacía muy bién no intentando

luchar con lady C. y que, si entablaba la lucha en Baden, sería derrotada.

—Confieso que eso me daría mucha pena.

—A no ser que quiera consolarse en vuestra compañía,—dijo el francés con una risa burlona y cruel.

—Si se marchase la seguiría,—dijo groseramente la voz con acento italiano.

—¡Dichoso mortal! ¡Puede amar aún!—replicó á burla su interlocutor.

—¡Amar!—exclamó el italiano y se calló un momento—¡No puedo dejar de amar! Sin amor no hay vida. No hay nada más bueno que convertir la vida en una novela y mi novela no se corta por el centro sino que llega siempre hasta el desenlace, y con esta novela me sucederá lo que con todas las demás.

—¡Buena suerte, amigo mío!—dijo el francés.

No pude oír nada más por que se alejaron dando la vuelta á la esquina y el ruido de sus pasos se perdió al otro lado. Bajaron la escalera y á los pocos minutos salieron por una

puerta lateral y se quedaron muy sorprendidos al vernos. Me puse muy encarnada cuando el marqués de D. se acercó á mí y hasta me asusté en el momento en que, al salir del castillo, me ofreció el brazo. No pude negarme á aceptarlo y andando tras L. M., que se apoyaba en el del amigo del marqués, nos dirigimos hácia el carruaje. Estaba resentida por lo que el francés había dicho de mí, por más que en mi fuero interno reconocía que había dado forma á los sentimientos que me dominaban; pero las palabras del marqués me confundían y sublevaban por su grosería. Torturábame el pensamiento de haber oído semejantes palabras y al mismo tiempo ya no le tenía miedo. Sentía cierto disgusto al tenerle tan cerca de mí y sin mirarle, ni responderle y haciendo esfuerzos para colocar mi brazo de manera que no pudiese escuchar sus palabras, seguía andando apresuradamente detrás de L. M. y del francés, mientras que el marqués me decía no sé que acerca de la belleza del paisaje y de la alegría que experimentaba

al haberme encontrado, añadiendo algunas palabras que ni siquiera escuché. Entre tanto pensaba yo en mi marido, en mi hijo, en Rusia y experimentaba sentimientos que participaban de la vergüenza, la compasión y el deseo de apresurar el regreso á casa, á mi solitaria habitación del hotel de Baden con objeto de meditar á mis anchas acerca de lo que, desde hacía un momento, sublevaba mi alma. L. M. iba, empero, muy despacio y faltaba que recorrer mucho camino para llegar al sitio en que se hallaba el carruaje, y me pareció que mi pareja acertaba intencionadamente el paso como si intentase quedarse á solas conmigo.— «¡Esto no puede ser!»—dije, y me decidí á seguir el camino con un paso más rápido; pero el marqués me contuvo de una manera que no dejaba lugar á dudas y hasta me estrechó el brazo en el momento mismo en que L. M. desaparecía tras un recodo del camino y nos quedamos completamente solos. Al observarlo me sobrecogió un temor muy grande.

—Dispensadme,—le dije con mucha frialdad: quise retirar el brazo, pero el encaje de la manga se me enganchó en uno de los botones de su chaqué. Inclínose entonces un poco poniéndose á desengancharlo y sus dedos, sin guantes, tocaron mi brazo. Un nuevo sentimiento, que no era de terror ni tampoco de placer, hizo que sintiese en mi espalda un helado estremecimiento. Le miré al mismo tiempo con la intención de que mi fría mirada expresase todo el desprecio que me inspiraba su conducta, pero, según parece, esa mirada no expresó tanto ese sentimiento, y los del terror y la agitación. Sus ojos ardientes y húmedos, fijos en mí, me contemplaban apasionadamente mientras que sus dos manos apoderáronse de las mías asiéndolas por las muñecas y sus labios entreabiertos murmuraron algunas palabras: dijéronme que me amaban, que lo era todo para él y sus manos oprimieron con más fuerza las mías. Sentí como fuego en mis venas, empañáronse mis ojos y temblé y las palabras que habría querido murmurar se me

anudaron en la garganta. De pronto sentí un beso en mi mejilla y entonces temblorosa y helada, me quedé inmóvil en mi sitio y mirándole. No tenía fuerzas para hablar ni para obrar y dominada por un profundo terror confiaba en no sé qué.

Todo esto tuvo la duración de un momento, pero ¡qué momento más terrible! En aquel instante le aprecié por entero, tal cual era y analicé su rostro con una sola mirada, su frente estrecha y baja, su nariz recta y de bastante corrección con abultadas ventanillas, su barba fina, el bigote retorcido en las puntas con cosmético, sus mejillas afeitadas con mucho cuidado y su cuello moreno como su cutis.

Le odiaba, le temía, era un extraño para mí y, sin embargo, en aquellos momentos resonaron poderosamente en mí la turbación y la pasión de ese hombre execrable, de un extraño!

—¡Os amo!—murmuró con aquella voz que tanta semejanza tenía con la de mi marido y

en el acto me acordé de éste y de mi hijo, como de dos seres queridos que hubiesen existido y para los cuales todo había concluído. De pronto, y desde un recodo del camino, se oyó la voz de L. M. que me llamaba. Recobré el perdido ánimo, desasí mi mano de entre las suyas sin mirarle siquiera y huí, ó poco menos para reunirme con L. M. con la que subimos al coche. Le miré entonces y ví que se quitaba el sombrero sonriendo y diciéndome no sé qué, sin dejar de sonreír, y sin que pudiese sospechar lo atroz de la tortura porque me estaba haciendo pasar en aquellos momentos.

¡Qué desgraciada me pareció la vida en aquellos momentos! ¡Qué desesperado el presente y que sombrío el porvenir! Púsose L. M. á hablarme y no comprendí ni una palabra de lo que me decía, pareciéndome que me hablaba únicamente por compasión, para disimular el desprecio que la inspiraba. Lo mismo en sus miradas, que en cada una de sus palabras creía observar ese desprecio y esa compasión

ultrajante. El beso abrasaba aún mis mejillas con una vergüenza que me parecía el choque con un hierro candente y el recuerdo de mi marido y de mi hijo, eran para mí insoportables. Creí que, al quedarme sola en mi cuarto, podría meditar acerca de mi situación; pero me pareció que la soledad era una cosa atroz. Ni siquiera tomé el té que me sirvieron, y sin darme cuenta de lo que hacía, decidíme á marchar aquella misma noche, aprovechando el primer tren para marcharme á Heidelberg á reunirme con mi marido. En el momento en que, acompañada de mi doncella, estuve sentada en el solitario vagón y el tren se puso en movimiento y respiré al aire fresco que penetraba á través de las ventanillas, cuyos cristales había bajado, comencé á recobrar el ánimo, cesó mi abatimiento, me representé de una manera más clara, mi presente y mi porvenir, toda mi vida de casada, desde el día en que nos marchamos á San Petersburgo, se me presentó de pronto bajo un nuevo aspecto y llenó mi conciencia de reproches.

Recordé por vez primera los comienzos de nuestra existencia en el campo y mis planes, y por primera vez mi espíritu se hizo esta pregunta: ¿Cuáles no fueron mis alegrías en aquellos primeros tiempos? Y me creí culpable respecto á mi marido. Pero en seguida me dije: ¿Por qué no me había contenido á tiempo? ¿Por qué disimuló en mi presencia y á qué cortar toda explicación y ofenderme? ¿Por qué no usó conmigo el poder de su amor? ¿O era que no me amaba? Pero que fuese ó no culpable, no por eso dejaba yo de sentir en la mejilla la huella vergonzosa del beso de aquel extraño, figurándoseme que era aún recientísimo. Cuanto más me acercaba á Heidelberg, más clara se presentaba á mis ojos la imagen de mi marido, más terrible por la inminencia de volverle á ver. Se lo confesaría todo é inundaría mis ojos con las lágrimas del arrepentimiento, pensé, y no podrá por menos de perdonarme. Mas no sabía aún qué sería ese *todo* que pensaba decirle, y no tenía la seguridad de que me perdonase. Así que, cuando

entré en la habitación de mi marido y ví su rostro sereno, en el que se revelaba el asombro que le causaba mi presencia, me hallé en un estado que no me permitió decirle nada ni confesarlo todo y pedirle perdón. Pesaban sobre mí una desesperación indecible y un profundo arrepentimiento.

—¿Qué idea fué la que se te ocurrió?—me preguntó.—Mañana pensaba haberte ido á buscar. Pero ¿qué tienes? ¿Qué es lo que te sucede?—añadió en cuanto me vió desde más cerca y mostrándose casi asustado.

—Nada,—respondí haciendo grandes esfuerzos para contener mis lágrimas—decidí venir cuanto antes y vine. Ahora vámonos, mañana mejor que pasado á Rusia.

Se quedó silencioso durante un momento, observándome con mucha atención.

—Cuéntame entonces lo que te ha pasado,—me dijo al cabo.

Sin quererlo me ruboricé y bajé los ojos, mientras que en los suyos se traslucía no sé qué presentimiento de ultraje y de enojo. Te-

nia miedo á los pensamientos que podían ocurrirsele y con una fuerza de disimulo de la que yo misma no me había creído capaz, me apresuré á decirle:

—No me ha sucedido nada más sino que se apoderó de mí una tristeza y un aburrimiento muy grandes, y como estaba sola me acordé mucho de tí y de la vida que llevábamos. ¡Cuánto tiempo hace que soy culpable contigo! Ahora puedes llevarme á donde quieras. ¡Sí, sí, soy culpable para contigo desde hace mucho tiempo,—repetí, y otra vez se escaparon las lágrimas de mis ojos.—¡Volvámonos al campo y para siempre!—exclamé.

—¡Ah! Te ruego, amiga mía, que no representes esas escenas tan sentimentales,—me dijo con mucha frialdad.—No me parece mal que vayas á vivir al campo, porque precisamente nos hallamos ahora bastante apurados de dinero; pero que esa vida sea continua allí, eso ya es un sueño. Lo mejor que puedes hacer es tomar una taza de té,—añadió poniéndose en pie para llamar á la doncella.

Se me figuró que era lo que, sin duda, pensaba de mí, y me consideré ofendida por las malas ideas que le atribuí, cuando su mirada, impregnada como de indignación y de vergüenza, se cruzó con la mía. ¡No, no quería ni podía comprenderme! Le dije que iba á ver al niño y le dejé solo. Se me hacía tarde para hallarme á solas y dar rienda suelta á mi dolor y poder llorar... llorar... llorar mucho...